

Martín, contestóle (1.º de julio de 1816) que sería auxiliado con todos los elementos de guerra que solicitaba para llevar á término feliz su empresa, no obstante que una expedición de 8,000 portugueses amenazara ocupar la Banda Oriental, lo que únicamente retardaría las remesas que exigía el interés público, terminando por conjurarle, «que no omitiese sacrificio » para llevar á cabo el importante objeto de la restauración » de Chile» (37). La opinión estaba definitivamente formada, las ideas de San Martín triunfaban al fin, y con ellas la causa de la emancipación sud-americana.

Conformes en ideas, y acordados los planes, sólo faltaba montar la máquina de guerra y forjar el arma de combate que debía dar forma práctica á las primeras y llevar á ejecución los segundos. Este será el asunto del capítulo siguiente.

(37) Ofis. del ministro de la Guerra á San Martín de fecha 1.º de julio de 1816. (Doc. del Arch. de Guerra, año 1816. M. S).

CAPÍTULO XII

EL EJÉRCITO DE LOS ANDES

AÑOS 1816-1817

La creación del ejército de los Andes. — Su espíritu y sus tendencias. — Su origen y su embrión. — La maestranza y fray Luis Beltrán. — El parque y la armería. — La fábrica de pólvora de Mendoza. — Establecimiento de una fábrica de paños para el ejército. — Arreglo de la administración militar. — El congreso de Tucumán y San Martín. — Pueyrredón es elegido Director Supremo. — San Martín se entiende directamente con el Director respecto de sus planes. — Pueyrredón se decide por la reconquista de Chile. — Influencia decisiva de San Martín en la dirección de los acontecimientos. — Sinopsis del congreso de Tucumán. — Tendencias monarquistas. — San Martín promueve la declaratoria de la independencia argentina. — Admirable estratagema de guerra de San Martín. — Conferencia secreta entre Pueyrredón y San Martín en Córdoba y nuevas noticias sobre ella. — Retrato de Pueyrredón. — Ideas monarquistas de Pueyrredón y San Martín. — El plan de la monarquía incásica de Belgrano. — Papel de San Martín en este plan. — Progresos de la razón pública. — Se instituye el ejército de los Andes. — Se refuerza con contingentes de Buenos Aires y los libertos de Cuyo. — Su fuerza y composición esencialmente argentina. — Los cuadros de Chile. — El secretario Zenteno. — El campo de instrucción. — La bandera de los Andes. — La imprenta del ejército.

I

La organización del ejército de los Andes es uno de los hechos más extraordinarios de la historia militar. Fué una verdadera creación, surgida, puede decirse, de la nada; un organismo articulado á que presidió la concepción de una idea sistemática á la manera del hombre-estatua de Condillac, cuyos sentidos fueron despertándose gradualmente hasta adquirir a plenitud de su doble vida. Máquina de guerra armada

pieza por pieza, todas sus partes componentes respondían á un fin, y su conjunto á un resultado eficiente de antemano calculado. Escuela nueva de táctica, de disciplina y de hostilidades ofensivas en vasta escala, el método le da sus reglas y la impulsión heroica su aplicación activa. Arma de combate forjada pacientemente, recibió el temple de la victoria, que se gasta por el uso diario ó se dobla elásticamente, pero no se quiebra jamás. Agrupación de hombres, animada por el soplo poderoso de la revolución argentina, es una colectividad animada de una pasión, una idea, un propósito americano que le da la cohesión necesaria para cumplir la tarea á que estaba destinada. Dotado de órganos complementarios creados simultánea ó sucesivamente á medida que las necesidades se hacían sentir, fué un mecanismo perfecto y completo en que todos sus resortes obedecían á la mano del ordenador que lo manejaba. Jamás se combinó más armónicamente el automatismo militar, con la espontaneidad humana, para producir el máximo de esfuerzos de la masa, combinando proporcionalmente la fuerza moral y material á fin de que respondiese siempre á sus objetos políticos y militares y á la misión redentora que le estaba asignada.

Hasta entonces las Provincias Unidas del Río de la Plata sólo habían tenido un ejército nacional, creado según un plan y animado de un espíritu propio con un objetivo determinado: fué este el ejército auxiliar del Perú, reorganizado por Belgrano, que ha legado una historia, llena de grandes victorias y contrastes, pero que estableció la disciplina como regla y la abnegación como moral, inutilizándose al fin como arma de combate. El ejército de los Andes, á la par que una nueva fuerza aplicada á la guerra ofensiva, que inició por la primera vez en Sud-América, fué una expansión dada á la revolución argentina americanizada, que dilató por todo el continente. Y lo singular de tal creación es, que con las largas proyecciones de los grandes conquistadores al través de

montañas y mares remotos; con la solidez, la complicación y el ímpetu de los ejércitos invasores, interviniendo en ella la estrategia y la táctica, la fortaleza y la prudencia de los más famosos generales, fué la obra de un general concreto y limitado, más práctico que teórico, más metódico que inspirado, más previsor que audaz, que todo lo basó en el cálculo y nada fió á la fortuna, y que suplió con la observación y la paciencia las dotes del gran capitán y del gran organizador, inventando una máquina adecuada para ejecutar campañas, en que el teatro de guerra era el más vasto continente del orbe, y cada etapa, una cordillera, un mar, una nueva nación.

El origen del ejército de los Andes data de 1814. San Martín, penetrado de que los Andes y el Pacífico eran el camino militar de la revolución, aceptó el gobierno de Cuyo con el objeto declarado de formar allí una fuerte división, á fin de atravesar la cordillera y auxiliar á la insurrección chilena. Vencida ésta, solicitó del gobierno recursos para organizar un cuerpo de tropas, sobre la base de los Auxiliares de Chile mandados por Las Heras, que con la denominación de batallón núm. 11 constituyeron el núcleo del futuro ejército. Elevado este cuerpo á regimiento, empezó á formarse el segundo batallón de San Juan. Siguióse á esto el envío de dos compañías del núm. 8 de Buenos Aires, con cuatro cañones de batalla, mandados por el mayor don Pedro Regalado de la Plaza, oficial práctico en el arma y con notables cualidades de organizador. Tal era al finalizar el año 1814 el embrión del famoso ejército de los Andes que debía dar la independencia á la mitad de la América del Sud.

En 1815 solicitó San Martín la concentración en Mendoza de su regimiento de granaderos, y le fueron enviados á órdenes de su coronel Matías Zapiola, el 1.º y 2.º escuadrón que habían hecho la campaña de la Banda Oriental, con armamento y vestuario para cuatrocientos hombres. Juntamente con este refuerzo le fueron remitidos cuatro cañones de cam-

paña, 300 fusiles y cantidad de municiones, vestuarios, equipos y pertrechos de guerra, que condujeron gratuitamente los carreros cuyanos que traficaban con el mercado de Buenos Aires, cuyo espíritu patriótico supo despertar San Martín promoviendo entre ellos una suscripción de trasportes (1). En torno de este núcleo de soldados y cosas, organizó las milicias de infantería y caballería de la provincia, así para atender á la defensa de ella cuanto para levantar el padrón de los hombres de armas, llevar y remontar con sus concriptos los cuerpos de línea. En seguida dispuso por un bando, que los habitantes que no se presentaren voluntariamente á servir mientras los españoles ocupasen á Chile, serían sorteados desde la edad de 16 á 50 años, lo que proporcionó un contingente de 400 hombres, suministrando San Luis sus bizarros jinetes y Mendoza y San Juan sus robustos infantes y artilleros (2). Puso además en práctica el sistema de levas contra los vagos, en lo que fué eficazmente ayudado por La Rosa y

(1) Los troperos le dirigieron una representación en los términos siguientes: « Señor gobernador intendente. — Los abajo suscriptos, teniendo noticia que en la capital de Buenos Aires hay varios efectos y artículos destinados para el auxilio de la guarnición de esta plaza; y advirtiendo además la urgencia que hay en su transporte, no menos que la escasez de los fondos públicos para costearlo, hemos acordado prevenir á V. S. por esta representación, que nos obligamos desde esta fecha á emplear gustosos el buque de nuestras carretas para el indicado objeto. — Mendoza, 12 de junio de 1815. — Yo el abajo firmado me ofrezco á traer de la capital Buenos Aires el buque de una carreta con los artículos arriba expresados: *José Obredo*. Por buque de media carreta: *José Norberto Guevara*. Por una carreta: *Ventura Videla*. Por una carreta: *Toribio Barrionuevo*. Por una carreta: *Bernardino Morales*. Por dos carretas: *Ignacio Antonio Ferramola*. Por una carreta: *Juan Francisco Delgado*. Por cinco carretas: *Santiago José Puebla*. Por una carreta: *Sebastián Baldan*. Por cuatro carretas, sin embargo de no tener sino cinco: *Juan Serrano*. Por dos carretas: *Manuel Peralta* ». En el núm. 20 de la « Gaceta de Buenos Aires » de 1815 se publicó una lista de los troperos. La representación original existe en el Arch. Gral. M. S.

(2) Bando de San Martín de 14 de agosto modificado de acuerdo con el Cabildo de Mendoza en 13 de setiembre de 1815, el cual ofreció un

Dupuy. Por estos medios, al terminar el año de 1815, el ejército de Cuyo contaba con cerca de seis mil hombres de las tres armas, entre veteranos y milicianos, medianamente armados, con la dotación de diecisiete piezas de artillería (3), animados de un excelente espíritu cívico y guerrero. Sin que lo sospechase todavía nadie, San Martín era el primer potentado de las Provincias Unidas, que tenía su provincia y su ejército en un puño y era dueño de sus voluntades.

II

Queda detallado (cap. IX), cómo San Martín proveyó á la subsistencia de este ejército, por medio de un sistema combinado de auxilios patrióticos, servicios gratuitos, exacciones é impuestos extraordinarios, contribuciones regulares y arbitrarios de todo género, que no agotaban la común fuente productiva, estableciendo así un régimen de cooperación económico-militar, en que unos tenían las armas y otros daban su dinero y su trabajo, y esto, captándose la voluntad de todos,

contingente de 200 hombres en vez del sorteo, habiéndose presentado 160 voluntarios. Ofi. de San Martín de 21 de agosto y 13 de setiembre de 1815. Doc. del Arch. Gral. leg. « Guerra: 1815 ». M. SS.

(3) Estado de fuerza, armamento, etc., de 4 de diciembre de 1815 según el cual existían en esa fecha, 1,939 hombres de infantería y artillería y 3,733 de caballería, con 215 jefes y oficiales, que dan un total de 5,887 plazas. Esta fuerza se descompone en cuerpos de línea y milicianos del modo siguiente: — *De línea*: una compañía de artillería en Mendoza con 143 plazas; 2 compañías del batallón núm. 8 con 300; batallón núm. 11 con 655; los dos escuadrones de granaderos á caballo con 415; blandengues de la frontera con 30. — Total 1,540. — *Milicias*: artillería cívica de Mendoza, id. de San Juan, Cazadores ingleses, Caballería de milicias de San Luis, San Juan y Mendoza con 12 escuadrones. — *Piezas de artillería*: 4 culebrinas de bronce de á 4,4 cañones volantes de á 4,2 obuses de 6 pulgadas, 4 piezas de á 4 de montaña, 2 id. de hierro: total 17 piezas. (Doc. del Arch. Gral., leg. « Guerra 1815. » M. S.)

con una mano acerada que así acariciaba como comprimía. Este ejército así organizado y mantenido, necesitaba además de hombres, servicios y dinero, de armas, pólvora, vestuarios, equipos y pertrechos en abundancia, á la vez que administración, cuidados facultativos y genios adecuados á la obra que el general tenía entre manos. Á todo se proveyó y todo lo encontró dentro de los recursos de Cuyo, mereciendo por esto San Martín la denominación de Hermes trimegisto que la historia le ha dado.

La primera creación complementaria fué la maestranza. Faltaba el hombre, y San Martín, con su ojo escudriñador, lo descubrió en el fondo de la celda de una orden mendicante. Llamábase este hombre fray Luis Beltrán, hijo de francés y natural de Mendoza, que tenía á la sazón treinta años, y que muy joven había profesado en el convento franciscano de Santiago de Chile. Al estallar la revolución chilena se apasionó por ella; hizo entonces su aprendizaje de artillero y acompañó á Carrera en sus campañas, prestando servicios profesionales en el sitio de Chillán. Después de Rancagua, regresó á pie á su patria con un saco de herramientas al hombro, que contenía los instrumentos que había inventado ó construido por sus manos para elaborar por adivinación los variados productos de su genio. Todo su caudal de ciencia lo había adquirido por sí en sus lecturas ó por la observación y la práctica. Así se hizo matemático, físico y químico por intuición; artillero, relojero, pirotécnico, carpintero, arquitecto, herrero, dibujante, cordonero, bordador y médico por la observación y la práctica, siendo entendido en todos las artes manuales, y lo que no sabía lo aprendía con sólo aplicar á ello sus extraordinarias facultades naturales. Unía á esto una constitución vigorosa, un porte marcial, una fisonomía abierta y simpática y una imaginación en que se reflejaba el carácter fogoso de su raza originaria y de su tierra natal. Capellán de uno de los cuerpos del ejército de Cuyo, fué llamado por el general á

dirigir el parque y la maestranza, cuya planteación se le encomendó. Al soplo del Padre Beltrán se encendieron las fraguas y se fundieron como cera los metales que modeló en artefactos de guerra. Como un Vulcano vestido de hábitos talarés, él forjó las armas de la revolución. En medio del ruido de los martillos que golpeaban sobre siete yunques y de las limas y sierras que chirriaban, dirigiendo á la vez trescientos trabajadores, á cada uno de los cuales enseñaba su oficio, su voz casi se extinguió al esforzarla, y quedó ronco hasta el fin de sus días. Fundió cañones, balas y granadas, empleando el metal de las campanas que descolgaban de las torres por medio de aparatos ingeniosos inventados por él. Construía cureñas, cartuchos, mixtos de guerra, mochilas, caramañolas, monturas y zapatos; forjaba herraduras para las bestias y bayonetas para los soldados; recomponía fusiles y con las manos ennegrecidas por la pólvora, dibujaba sobre la pared del taller con el carbón de la fragua las máquinas de su invención con que el ejército de los Andes debía trasmontar la cordillera y llevar la libertad á la América. Cuéntase que en una ocasión, después de una larga conferencia secreta con San Martín, poco antes de cruzar los Andes, exclamó: — « Quiere alas para los cañones! pues bien! las tendrán ». Cierta ó no la anécdota, la verdad es que lo hizo como dicen que lo dijo. Fué el Arquímedes del ejército de los Andes. En 1816 colgó sus hábitos y vistió el uniforme de teniente de artillería con el sueldo mensual de veinticinco pesos (4).

(4) Ofi. de San Martín de 1.º de marzo de 1815, elevando una solicitud de Beltrán, en que recomienda sus servicios y lo propone como teniente de artillería, cuyo grado había obtenido en Chile. — Decreto del Gobierno de marzo 15 de 1815, asignándole 25 \$ de sueldo. — Ofi. de San Martín de febrero 14 de 1816, en que dice: « Este individuo, acreedor » por tantos títulos á la más alta consideración y gratitud, ha sido el » muelle real que ha dado actividad y movimiento en medio de cuasi » una absoluta carencia de operarios inteligentes, á las complicadas má-

El parque y la armería, fué otra de sus creaciones complementarias, encargando su dirección al mayor De la Plaza y al capitán chileno Picarte por auxiliar. Custodiábanse allí las armas como joyas, y el general llevaba cuenta hasta del último tornillo que entraba ó salía de los almacenes. Una vez hizo seguir un expediente por la falta de tres fusiles recompuestos de los cuales no se le había dado conocimiento (5). En otra ocasión prestó una pistola á un oficial para realizar un viaje hasta Buenos Aires, con cargo de entregarla solemnemente al ministro de la Guerra á su llegada, y no cesó de hacer gestiones hasta recobrarla (6).

Á la maestranza, parque y armería siguióse la planteación de un laboratorio de salitres y de una fábrica de pólvora. Encontró el hombre que necesitaba para ello en su ayudante de campo el mayor José Antonio Álvarez Condarco, tucumano, que había hecho regulares estudios de ingeniería y tenía nociones de física y química. La provincia producía salitre, y la fuerza motriz del agua, aplicada á las máquinas, suplía la

» quinas del parque, laboratorio de mixtos, armería y maestranza. Á su » indefesa constancia se debe en la mayor parte, el planteo y estado ventajoso de aquellos establecimientos. Es difícil detallar sus servicios y creo hacerlos á la patria al recordarlos ». — Decreto del gobierno de 8 de noviembre de 1816, expidiéndole el despacho de teniente con grado de capitán. (Doc. M. SS. del Arch. Gral.) — Véanse además las noticias que se dan acerca de Beltrán en el t. I, p. 534 de la « Rev. de Buenos Aires » por Vicente G. Quesada; « Recuerdos históricos de Cuyo » por Damián Hudson en la « Rev. de Buenos Aires », t. IV, p. 344.— T. VII de la « Rev. Chilena », p. 325 por G. de la Barra; Barros Arana: « Hist. de la Indep. de Chile », t. III, p. 290, y Espejo: « Paso de los Andes », p. 362. — Además véanse por vía de complemento los documentos relativos á la maestranza del parque de los Andes en el Arch. de San Martín, vol. L, en que se registran sus trabajos, M. SS.

(5) Arch. San Martín, vol. XLIX. « Parque de los Andes ». M. S.

(6) « Al capitán graduado don Luis Perichón he franqueado una pistola de esta sala de armas, con encargo de entregarla á V. S. luego que arribe á esa capital. — Mendoza, 28 de octubre de 1815. — José de San Martín. — « Señor secretario de la Guerra ». Doc. del Arch. Gral. M. S.

carencia de brazos. Este establecimiento, que comenzó por la refinación de los salitres, llegó á producir pólvora de excelente calidad en cantidad suficiente para las necesidades del ejército, con un costo mínimo para el erario (7).

La tropa estaba casi desnuda y necesitaba vestirse. Para llenar esta necesidad, el general imaginó hacerse fabricante de paños por medio de un ingenioso arbitrio. Pensando que las bayetas ó picotes que se tejían en San Luis podrían abatanarse, consultó el punto con personas idóneas, y diéronle noticias de un emigrado chileno, llamado Dámaso Herrera, tan hábil mecánico práctico como lo era el P. Beltrán, y de un molinero mendocino llamado Tejeda, mecánico también por instinto, que había inventado máquinas y construído por sus propias manos una espineta y meditaba resolver el problema de hacer volar á los hombres. En el molino de trigo de Tejeda, se planteó bajo la dirección de ambos un batán movido por agua, y al cabo de poco tiempo llegó á producir

(7) Antes que San Martín se recibiese del mando de Cuyo había establecido Álvarez Condarco una refinación de salitres en Mendoza y existían dos fábricas de pólvora, una en Córdoba y otra en la Rioja. Doc. del Arch. Gral. de 15 de junio y 8 de agosto de 1814 y 19 de agosto de 1815. (Leg. « Prov. de Cuyo: Guerra: 1814 ». M. S. S.) — En 18 de octubre da cuenta Álvarez Condarco de existir la fábrica de salitre en actividad y en 3 de noviembre de 1815 lo repite. En 14 de febrero de 1816, remite San Martín tres botes de pólvora fabricada en Mendoza, acompañando el presupuesto, según el cual podían elaborarse dos arrobas diarias cuyo costo en jornales era de 5 \$ 3 rls. y 3/4, y los materiales 11 \$ y 1 real, ó sea un total de 16 \$ y 3/4 rls. El gobierno con fecha 29 de febrero del mismo dice: « La pólvora es de la más excelente, pues sube á 16 grados su potencia ». En 23 de septiembre de 1816, San Martín incluye inf. de Álvarez Condarco sobre el estado de la fábrica, según el cual, en los meses de enero á septiembre se elaboraron en ella 206 arrobas 11 libras de pólvora, con la erogación de 2,000 pesos resultando cada libra al precio de 3 rls. Docs. del Arch. Gral. M. SS. — Godoy Cruz cedió su casa para establecer en ella la fábrica; un convento donó las piedras para el molino, contribuyendo el vecindario con su trabajo personal y otras erogaciones voluntarias. — V. Espejo: « Paso de los Andes », p. 361.

bayetones y pañetes, que se teñían de azul, y con los cuales se construyeron los uniformes de las tropas, que las mujeres cosían gratuitamente (8).

La justicia militar fué organizada: creóse un tribunal de guerra, nombrándose auditor al Dr. Vera y Pintado, á quien se ha visto figurar en la revolución de Chile, y redactóse un código de leyes penales con arreglo á la ordenanza vigente pero adaptado á la índole del ejército. El cuerpo médico recibió una organización adecuada á un ejército expedicionario, nombrándose cirujano mayor al Dr. Diego Paroissiens, inglés, naturalizado en el país, que poseía extensos conocimientos científicos, y por su segundo al Dr. Zapata. Se estableció la comisaría y se regularizó la contabilidad bajo la dirección de don Juan Gregorio Lemos, llevándose escrupulosamente

(8) Ofi. de San Martín al gobierno de 5 de diciembre de 1815, adjuntando dos retazos de bayetilla abatanados por uno de sus extremos, en que dice que el costo de la máquina, prensa, etc., será de 300 á 400 pesos, y el del producto, según presupuesto que acompaña, de 4 rls. á saber: importe de la bayetilla en San Luis 1 rl. y $\frac{1}{4}$, costo del tinte, $0,1\frac{1}{4}$; id. del batán, $0,1\frac{1}{4}$; id. de prensa y escarda, $0,1\frac{1}{4}$, y dando por error de cálculo 1 real $\frac{1}{2}$ resultan 4 reales como costo de cada vara. (Doc. del Arch. Gral. leg. de gobierno, 1815. M. S.)— El general Espejo « Paso de los Andes » sólo menciona á Herrera, y Hudson en sus « Recuerdos de Cuyo », publicados en el núm. 15 de la « Revista de Buenos Aires », t. VI, p. 347, habla de los batanes sin mencionar á los artífices. El Dr. José Antonio Estrella, mendocino, que vive aún, habiendo alcanzado la edad de ochenta y seis años, es el que da participación á Tejeda (á quien conoció) en la obra del « Batán de San Martín », que así le llamó el pueblo. Según él, Tejeda fué el verdadero autor de los aparatos. « Este héroe ignorado », como le llama el Dr. Estrella, poseía un talento natural y extraordinario de aplicación y fué inventor de varias máquinas muy ingeniosas. Murió de resultas de una caída desde un tejado, en que se rompió las dos piernas, ensayando el arte de volar vestido de plumas. Era además de volador, músico, y en la espineta construída por él mismo, tocaba sus composiciones, acompañándolas con la voz, que según el Dr. Estrella era desentonada. Sus alas de picote volaron más alto que sus alas icarias. (Conversación con el Dr. Estrella en Mendoza). — Véase además: « Recuerdos del tiempo viejo, 1816-1817 » en que se consigna esto mismo por Claudio Caballero (B. Mitre y Vedia), publicados en los núms. 3,807 y 3,808 del diario *La Nación* de Buenos Aires.

cuenta y razón de todos los caudales que se giraban, bajo un control que comprendía al mismo general. Esta institución fué planteada de manera de poder darle mayor desarrollo, á fin de convertirla en una verdadera intendencia de ejército, que respondiese á las exigencias de la administración militar de una expedición fuera del territorio (9).

Todo respondía al plan de guerra ofensiva, conquista y larga permanencia en tierras extrañas y lejanas.

Tal era la composición y la organización, el espíritu, las tendencias y las instituciones complementarias del ejército de Cuyo, base del de los Andes, á principios de mayo de 1816, en que empezó á formalizarse la idea de la reconquista de Chile. Para llevarla á cabo sólo necesitaba San Martín 1,400 hombres más y treinta mil pesos, y este era todo su conato en esa época; pero fué precisamente entonces cuando llegó á temer que todos sus trabajos se malograrán, abandonándose la empresa de Chile por la del Alto Perú, cuya dirección le fué ofrecida y él rehusó, como queda dicho.

III

Hemos dicho antes (cap. X, § III), que en tan crítico momento, San Martín tuvo la inspiración de abocarse con el director supremo don Juan Martín Pueyrredón, nombrado por el Congreso Nacional, á la sazón reunido en Tucumán, á fin de convencerle de la excelencia de su plan y ponerse de acuerdo con él directamente. Había seguido con viva ansiedad las peripecias que precedieron á la congregación de este cuerpo, á cuya convocatoria concurrió al tiempo de la caída

(9) V. Arch. de San Martín, vol. XLVII, « Contabilidad militar », M. SS.